

Por Eliseo Figueroa.

Publicamos hoy la siguiente nota que nos envía el Coronel Eliseo Figueroa, (1) segundo jefe del regimiento «Habana», primero, y después su jefe; que se encontró con esas infantería en los célebres combates del Purgatorio y del Grillo, ambas acciones de guerra, junto con la carga de caballería dada a Pizarro en el Caimán, las funciones de guerra más brillantes de las que tuvieron lugar en Habana y Matanzas.

Mañana comenzaremos la publicación de los interesantes «Recuerdos» del General Eugenio Sánchez Agramonte.

EPISODIO DE LA GUERRA DEL 1895

Hecho de armas del Coronel José Alvarez, conocido por «El Gallego Alvarez»

Corría el mes de septiembre de 1897 y teniendo noticias de que una fuerte columna española se dirigía a mi campamento, que estaba situado en la finca «Colmenar», en la línea divisoria de Matanzas y la Habana; determiné trasladarme a unos montes que se llaman «Montes de Oro», en la misma línea divisoria, y esperar allí a la citada columna que, procedente de Ceiba Mocha, se dirigía a mi campamento. La columna era mandada por el general español Prats, y se componía de unos dos mil hombres de las tres armas; yo mandaba la Infantería Habana, de unos seiscientos hombres, pero

(1) El coronel Eliseo Figueroa, y aquí lo hago público, estuvo en el período de la conspiración contra el Machadato, a las órdenes de Pedro Betancourt, y «fui testigo de sus entrevistas secretas». El General Betancourt, a cuyas órdenes peleó en el Purgatorio, le asignó distintas comisiones. Lo consigno en honor a la verdad.

había dejado en el Campamento del Colmenar unos doscientos cincuenta hombres y con el resto me fui a esperar la columna.

A eso de las siete de la mañana empezamos a ver los exploradores de los españoles, que los componían guerrilleros de Matanzas y la Mocha.

No tardaron en descubrirnos y se entabló el fuego, que duró unas dos horas y media, y la columna española, que había sido reforzada por el batallón que mandaba el coronel Albergotí, que desde Aguacate había oído el fuego, hizo un movimiento envolvente, copándonos materialmente. En esta situación, desesperada, nos sostuvimos todo aquel día, el siguiente, y parte del otro día.

Los españoles nos hacían fuego cada vez que dábamos señales de vida o intentábamos romper el cerco que habían puesto a los farallones en que nos encontrábamos; pero no se atrevían a escalarlos, por temor a que los destrozáramos o esperando a que nos rindiéramos, pues así nos lo gritaban.

A mis fuerzas le quedaba muy poco parque; pero ya yo les había dicho que había que romper el cerco, aunque tuviéramos que hacer uso de los machetes solamente; y siendo como las cinco de la tarde del último día, sentimos un intenso tirote y vimos que fuerzas insurrectas se batían con el enemigo, al que atacaron. El enemigo, que se encontraba en fuertes grupos en todo el cerco, hizo una reconcentración a la carrera, momento que yo aproveché para alentar a mi gente, logrando evadir el copo felizmente, dirigiéndome a donde estaban mis otras fuerzas, en el «Colmenar», en donde acampamos.

Inmediatamente que rebasamos el

cerco o copo, dejamos de oír los tiros que sentíamos, porque ya se habían retirado también los atacantes, quedando así burlados los españoles.

Después me enteré, que el General José María Bolaños, conocido por «Chema», que era el Administrador de Hacienda de la Provincia de la Habana, había pasado aviso a las fuerzas del Brigadier Cárdenas, que estaban por zonas de Campo Florido y Minas; y a las de Matanzas, que estaban todas por el sur de esa provincia, de mi crítica situación, y nadie había acudido; y por accidente providencial se presentó en el Campamento del General Bolaños el Gallego Alvarez, que venía acompañado de unos cien hombres de caballería, armados con fusiles largos; porque, aunque los insurrectos, en su mayoría, opinaban que los fusiles debían ser recortados cuando los usara la caballería, para convertirlos en tercerolas, el Gallego Alvarez era contrario a este procedimiento, porque sabía que las armas que se cortan, y más por manos inexpertas en esa materia, se inutilizan, porque se dejan deformes las estrias y la bala o proyectil nunca va a donde se apunta.

El sistema que tenían los insurrectos para cortar estos fusiles era metiendo el cañón del arma en el agua y disparando, o lo trozaban con una lima, por lo cual siempre quedaba defectuoso; pues bien, el Gallego Alvarez venía con sus hombres, armados de fusiles sin recortar, que más bien parecían, a caballo, cabileños, que insurrectos cubanos. Con esos hombres se enteró de mi situación y se determinó a atacar a los españoles, que me tenían cercado, al ser informado por «Chema» de mi situación angustiosa.

Los españoles, que no esperaban esa acometida, porque o bien se figuraron que eran fuerzas de Matanzas reunidas, o fuerzas de Matanzas y La Habana que se habían reconcentrado para atacarlas, el asunto es, que hicieron el movimiento citado, y dieron lugar a que yo escapara, y el Gallego Alvarez había conseguido atemorizar a los españoles que, creyéndose que eran fuerzas superiores, habían hecho aquel movimiento.

Demás está decir que las fuerzas del Gallego Alvarez fueron dispersadas, y quizás si aún permanezcan en algún rincón de esos montes algunos de los restos de aquellos valientes que acompañaban al valiente Gallego Alvarez.

Así era el Gallego Alvarez. Cuando habla que jugarse la vida, lo hacía con la sonrisa en los labios. Así, con actos heroicos, siempre el primero, estuvo en frente del enemigo y peleó como un león por Cuba y su Independencia; lástima que al andar de los años, la vida de este héroe fuese tan amargada por las pasiones humanas de otros hombres cubanos, que no tuvieron en cuenta ninguno de estos sacrificios y por satisfacer sus ambiciones le inmolaron tres de sus seres más queridos...

De aquella jornada de gloria en aquel combate, tuvimos cinco muertos y trece heridos, de ellos cuatro graves. Ninguno de ellos cayó en poder de los españoles. Ignoro las bajas que tuvieron los españoles; pero debieron ser muchas, porque nosotros hacíamos fuego de emboscadas y atrincherados en los farallones de «Montes de Oro» y vimos retirar a algunas bajas, por lo que supongo que fueron numerosas, porque las noticias que llegaban de Aguacate, Matanzas y la Mocha, como dadas por las columnas a los pacíficos, eran de que nos habían causado infinidad de bajas y que habíamos dejado sobre el campo del combate doscientos muertos.

Madrugá, Octubre 23 de 1935.

Eliseo Figueroa.
Coronel del Ejército
Libertador.

*Avance
marzo 4/36*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA